

casa; pero ambos hermanos comprendieron que aquella calma, violentamente obtenida por la energía de uno y la aparente sumisión de otro, no era paz definitiva, sino una tregua pasajera.



XIX

"Querido Pepe: Figúrate lo disgustada que estaré: hace cuatro días que no nos vemos, y rabio por reñir contigo. Tonto, tonto ¡pensabas que no había yo de saber averiguar tus penas para compartirlas! El chico te habrá dicho, seguramente, las preguntas que le hice y cómo me contestó. Estoy persuadida de que todo te lo ha contado. No puedes figurarte la gracia que me hizo su desinterés. ¿Me perdonas que soborne á tus *servidores*? Yo, en cambio, no te perdonaré tu falta de franqueza. Haz cuenta que estás á mi lado y que te hablo muy seria: ¡No hemos repetido ambos hasta la saciedad que debíamos sernos leales! Pues no merece perdón que por desconocer mi cariño me hayas ocultado las con-

trariedades que te ocasiona tu hermano. Está bien, *Don Reservado*, quiere decir que no me importa lo que te agrade ó enoje. ¿En qué puedes fundar el no haberme dicho que trabajabas en una imprenta desde que te viste obligado á dejar la carrera? Me has dicho algunas veces que tu posición y tu género de vida no te han permitido tratar ni conocer á fondo señoritas de esas á quienes el no tener que pensar en nada serio hace frívolas y vanidosas. ¿En qué consiste, pregunto yo ahora, que no habiendo podido conocerlas me confundas con ellas? Seamos francos; el temor á que me pareciese demasiado humilde tu trabajo, el recelo de que fuese vanidosa, te han hecho callar, y resulta que el vanidoso eres tú. Como nada de lo que yo te diga puede enojarte, me arriesgo á todo: fué vergüenza lo que sentiste al pretender ocultarme que te obligó la necesidad? ¿Sabes cómo se llama eso? Falsa vergüenza, una cosa muy parecida á la soberbia. Sí, Pepe; soy más leal que tú: me tienes ofendida. Dices que me quieres porque soy buena, y has sido capaz de suponer que podía hacerme *mal efecto*, así, claro, lo de trabajar en una imprenta. Nunca se te caen de los labios *la distancia, la desigual-*

dad, y qué sé yo cuántas tonterias más: sólo te las perdono porque imagino á veces que son pretexto para que esté contigo cariñosa. ¿Ves cómo el cariño todo lo interpreta bien? Basta de esto, porque no quiero parecerte pesada; y conste que me conoce mal quien suponga que el obrar bien pudiera hacerle desmerecer en mi ánimo. Ahora, deja que me goce en llamarte tonto. ¡Buena ocasión perdiste de ponerte romántico! Queda demostrado que el amor propio es en tí más fuerte que el amor verdadero, y que yo, la *señorita*, como me llamas en esas bromas que, por lo visto, tienen un gran fondo de verdad, soy mucho más sincera y menos vanidosa, y te quiero con toda mi alma y te querré siempre, porque me has engañado con tus zalamerías, haciéndome creer que eres distinto de los demás hombres. Tengo ganas de verte para decirte todo lo que se me viene á la boca. ¡Lo menos pensaste que volvería despreciativamente la cabeza, sin saludarte, si por casualidad te viera salir de la imprenta! No lo digo por esto del saludo; pero no sabes tú de lo que es capaz una mujer cuando sabe querer. ¡Ojalá no fuese rica!

Respecto á lo de tu hermano, nada puedo

decirte, porque las cuatro palabras que arranqué á Pateta no bastan para dar idea de tu situación, aunque sé por experiencia que esas gentes demasiado devotas hacen desgraciado á cualquiera. En mi familia está el ejemplo: la Condesa de Astorguela, que es una parienta nuestra lejana, tiene oratorio en su casa, gasta un dineral en cosas de iglesia y, á sus hermanos, que están casi en la miseria, no quiere darles una peseta. En cambio, acaricia la pretensión de que los demás sean rumbosos, y quiere que papá regale ó malvenda á unas monjas un terreno que posee fuera de la Puerta de Bilbao. No puedes imaginar las recomendaciones y empeños que andan buscando. ¡Figúrate! ¡A papá con esas! Papá dice que la de Astorguela es muy mala y que la devoción la hace peor. Yo no me atrevo á tanto, porque alguna religión hay que tener: pero tampoco me gustan las exageraciones. Lo triste sería que tu padre tuviese algún disgusto por culpa de tu hermano.

Adiós, orgulloso mío, no te quejarás de la reprimenda, ni de que escribo poco. Tuya, siempre, siempre,

PAZ."

"Como si lo viera. En cuanto leas lo que te digo, te pones á hacer consideraciones sobre lo raro y lo novelesco de que yo.... en mi posición, quiera á un hombre como tú. ¡Hasta que te cure la tontería no he de parar! ¡No dicen que el amor es ciego? ¡No pude enamorrarme de un pillo? Pues me ha dado por quererte á ti, que eres bueno, y asunto concluido.

Ven pronto á verme, porque Papá habla de ir esta semana al distrito, y por no dejarme sola en Madrid, puede que me lleve. Será cosa de pocos días."

Realizóse el viaje que anunciaba Paz, no sin que antes la viese Pepe, disipando en la primera conversación con amantes palabras el débil enojo que en ella produjo su reserva; y luego de partida con Don Luis, como se prolongara la excursión bastantes días, cruzaron los novios varias cartas, una de las cuales decía:

"Adorada Paz:

El cariño que me demuestras es, por la sinceridad que lo avalora, mi única alegría.

Fuera de esto, cuanto me rodea y toca es causa de disgusto. ¡Buen nublado se me viene encima! Mi casa comienza á parecer una sucursal del infierno, y voy dudando si vivo en plena realidad ó está alguien, por arte de magia, ensayando á costa mía el efecto de alguna de aquellas novelas de hace treinta años en que un personaje misterioso y fatídico desbarataba la páz de una familia. Mis padres, mi hermana y Tirso (ya me repugna llamarle hermano) parecemos sujetos á influjo extraño á nuestra voluntad. La conducta de Tirso es inconcebible. Su obstinación en reformar la familia es igual á la conformidad que en otro tiempo demostró para estar alejado de nosotros: antes, como si no existiéramos; ahora, todos hemos de ser santos; es decir, todos no, porque conmigo no se atreve.

El resultado es que me da muy malos ratos, y aún los espero peores, pues la cosa ha sido muy de prisa.

Mamá está dominada por Tirso, papá enteramente acoquinado, y su carácter, vencido por la enfermedad y los sufrimientos, va convirtiéndose en una apatía de que sólo á ratos le saca la rabia del dolor. Ya no hay

medio de ocultarle que en casa existe una guerra peor que la del Norte. ¡Si papá me dejase, plantaba á Tirso en medio de la calle sin ningún miramiento! No veo otro remedio al mal. Me contengo porque, si lo hiciera, mi madre nos daría la gran desazón: es increíble hasta qué punto parece identificada con él; pero no me cabe en la cabeza la idea de que nos abandonara por seguirle. Supón lo sensible que me será admitir semejante posibilidad. Pues aún hay, sin embargo, otra cosa más triste: el dominio que Tirso ha logrado ejercer sobre ella, no es ascendiente de hijo, sino influjo de cura. En cuanto á Leocadia, parece haberse desarrollado en ella una indiferencia, un egoísmo de que nunca la creí capaz. Ambas se levantan casi al amanecer, van á misa y, aunque no vuelven tarde, como al salir meten ruido y despiertan á papá; resulta que éste, no pudiendo recobrar el sueño, se desespera hasta que vienen á darle el desayuno. Antes, todo cuidado les parecía poco para él: ayer se quejó de que el café por ser barato, era malo, y mi madre, con una calma espantosa, le respondió que peor estaría el cáliz de la amargura; y no lo dijo con atención dañina, sino porque oye á Tirso majade-

rías por el estilo. A pesar de comprenderlo así, tuve que mirarla á la cara y empaparme los ojos de que era mi madre, para no soltar una barbaridad. A la hora de comer y antes de la cena dicen las dos sus oraciones, algunas veces hasta con latinajos (¡figúrate lo que entenderán ellas!), y por la tarde, si hay en cualquiera iglesia función, ya las tienes con la mantilla puesta. Todavía no se han atrevido á irse las dos dejándole solo; pero la que no sale se queda renegando. En la conducta de mi madre, al menos, se nota cierta sinceridad, pero Leocadia va á la iglesia porque ha hecho el descubrimiento de que ve gente y la ven y se distrae: habla de iglesias cursis y de iglesias elegantes, como si se tratara de teatros, y critica los trajes de las Vírgenes como si fueran amigas tuyas.

El doble resultado de todo esto es que la tranquilidad no es ya fruta de mi huerto, y que, además, los viajes á la casa de Dios van dejando la mía sin barrer. El celo mimoso y lleno de pequeños cuidados con que antes se atendía á mi padre, es hoy prisa por acabar pronto de servirle y correr á lo que Tirso recomienda. En fin, temo que, sin provocación ni desafío por mi parte, cuando llegue Tirso

á comprender el imperio que tiene en la casa, trate de ponerme en el disparador. Por supuesto, que no adivino lo que se propone. A juzgar por algunas cosejas que compra, debe tener cuartos; pero ni un céntimo gasta para nosotros: sabe que yo llevo el peso de la casa y, sin embargo, parece como que quiere hacerme saltar de ella. Repito que no lo entiendo; pues en cuanto á convertirme, primero me hace rajos. Excuso decirte que lo que él llama conversión es la entrada en el dominio de la inbecilidad: su devoción es de lo más rampón que puede darse. Lo peor de todo es que mi padre empeora rápidamente. Ahora quiere el médico emplear con él la hidroterapia, lo cual saldrá caro; pero yo he dicho que todo se hará, aunque hayamos de vender hasta las sillas. Tirso dice que esas son novedades de la ciencia, que antes no se conocían tales cosas y que no por ello dejaban de curarse los enfermos. En cambio ha logrado que mamá dé una peseta todos los meses para no sé qué hermandad ó cofradía de la *Limosna de la Luz*, y otra para unas escuelas católicas. El día que abra yo la puerta al cobrador, le echo rodando por la escalera.

Adiós, vida mía; no te enfades porque

no te repita mil veces que te quiero. En decirte mis disgustos se me ha ido el rato. No tengo tiempo para más; pero ya sabes que te adora tu amantísimo

PEPE.

¿Tardaréis muchos días en volver? ¿Cómo ha encontrado tu padre el distrito? Esperas que á tu regreso podamos vernos con frecuencia? No quisiera sentar plaza de pegajoso y, sin embargo, deseo que don Luis me necesite para poder verte y hablarte. Escríbeme mucho."



XX

Don José comenzó á empeorarse, y con sus molestias, que iban diariamente en aumento, arreciaron los gastos.

En un principio determinaron la dolencia de la vida sedentaria, la desmedida codicia en el comer y su natural plétora sanguínea: luego vino el dormirse fácilmente en cualquier parte, el echar vientre y digerir á duras penas, acentuándose la repugnancia á todo esfuerzo físico. Con este desorden en el organismo, manifestó cierta volubilidad de carácter; completándose el cuadro del que los médicos dicen estado artrítico, amén de otros síntomas que llaman sucios, hasta que por fin estalló la enfermedad, fijándosele el dolor en un pie, que se le puso hinchado, de color rojo y con las coyunturas muy sensibles. El pri-